

La calle y su mundo

Se enseña a contar (De los periódicos)

Funciona en la universidad de Alicante un taller de expresión creativa, en el que los alumnos adquieren el hábito de contar cuentos con naturalidad. Es abstruso, complicado escribir cuentos con sencillez y maestría, como lo hace por ejemplo Antonio Pereira, y acaso sea más difícil contarlos. Hay hermosos cuentos que si se cuentan mal se hacen insoportables, y otros, sin crisma, que contados con gracia se tornan amenos. En este momento, cuarenta universitarios escuchan, en horas no lectivas, a Numancia Rojas, mujer que no tiene otro oficio que contar cuentos; y sus oyentes están atentos a sus gestos, voces, quiebros y ademanes, dando estilo a los escritos.

-No me gusta hacer variaciones sobre un texto, sino ser fiel al mismo -comentó esta ortodoxa de los breves relatos.

La conducta de Numancia Rojas será aceptada con alegría por los cuentistas que tengan la fortuna de que sus narraciones se integren en el repertorio de la cuentista de Alicante, que se gana la vida contándolos y enseñando a contarlos. Numancia se antoja una adelantada de una profesión en crisis desde que los ancianos, refugiados en residencias, se llevaron con ellos viejas consejas y fábulas, y los infantes quedaron huérfanos de unos artificios y aventuras de escasa semejanza con la literatura oficial al uso para la infancia.

Estuve pensando que si hace años, en el tiempo liberal hubo recitadores y rapsodas, algunos tan famosos como la argentina Berta Singermán quizás ahora Numancia Rojas presagie una generación de cuentistas. Necesitamos que nos cuenten buenos cuentos y nos rediman del tedio circundante. Uno, pagando la entrada, acudirá a escuchar cuentos, como antes acudí a escuchar recitales de poemas; claro que entonces la poesía estaba en la calle.

ERO